

Y cuando uno hace estas preguntas ya sabe que la respuesta va a ser, si no un relato pura y simplemente fantástico, sí al menos asombroso, y que nunca tendrá la certeza de que aquello que ya se dispone a escuchar haya sucedido en realidad; como nunca sabrá a ciencia cierta qué es lo que hace o a qué se dedica el viajero.

Miguel Sánchez-Ostiz,
Mundinovi (Gazeta de pasos perdidos)

¡Extraña profesión la de quien se dedica a apuntar en un cuaderno las noches, los días, las emociones, los acontecimientos! Escribir en la piel del agua el propio nombre puede ser entendido como una muestra de confianza en el futuro, en la perdurabilidad de las cosas. Sin embargo, sabemos que todo acaba por perderse y, tal vez por eso, lo escribimos. Y como sabemos que casi todo lo escrito desaparece, seguimos escribiendo.

Xuan Bello,
La nieve y otros complementos circunstanciales
(Traducción de José Luis Piquero)

Y un grano de verdad basta, a veces, para sostener una vida.

María Zambrano,
La España de Galdós

AUTORRETRATO DE UN ESCRIBIDOR

QUE es escritor, dice Víctor Colden. O escritor, no lo sabe muy bien.

¿Escritor? Colden tiene más de personaje de Azorín que de otra cosa. Así es como se siente, un “pequeño filósofo” o un “caballero inactual”. Sus ambiciones son mínimas, no aspira a un *granché*: en un cuartito pintado de blanco, y silencioso (ama Colden el silencio), una mesa de madera, un flexo y sus cuadernos, más un estante con libros.

En habitaciones parecidas a ese cuarto ideal, Víctor Colden ha escrito un libro pequeño. No por extensión, sino por convicción. (A veces teme que por incapacidad). Su *Inventario del paraíso* es, sí, una colección de menudencias: recuerdos de olores, sonidos, historias, momentos... de hace cuarenta años. ¿Valía la pena recopilarlos —se pregunta él mismo a veces—, ponerlos con tanto mimo por escrito? Siempre ahuyenta la cuestión a fuerza de más escritura.

Se dio cuenta hace ya tiempo Colden de andar por

aquí sobre todo para producir prosa. Si buena, mala o peor esa prosa, eso ya es otra cosa. La cosa... es escribir (no tanto haber escrito). ¿Qué escribe Víctor Colden, cómo escribe? Tiende al género chico, no lo puede remediar: artículos, diarios, memorias; recuentos, listas o enumeraciones. No otra cosa era su relato *Veinticinco de hace veinticinco*, un combate a todos esos asaltos con el año 88. Y ahora se ha dado a la composición de unos textos de evocación y evagación: agrupados bajo el título de *Gazeta de la melancolía*, estarán condenados, sospecha el escribidor, a la misma invisibilidad que el *Inventario*.

En el museo de Málaga se exhibe el casco de bronce de un guerrero de hace más de dos milenios. La escritura de Colden es su casco corintio: herrumbroso, abollado, delicadamente roto en dos o tres pedazos. A la guerra de la vida va Víctor con ese casco lleno de costurones: son sus cuadernos, y la destilación de prosa que en ellos van dejando los días. Se aferrará a esa prosa. Para defenderse, pero también como arma ofensiva. Porque, lo quiera uno o no, siempre se escribe contra algo. ¿Contra qué escribe Colden? Contra la corriente del tiempo que pasa y contra el olvido. Contra el estruendo, el feísmo y la indiferencia. Contra todo lo que a veces parece conjurarse para evitar que

escriba. (¡Ay, la manía persecutoria de los escribidores!). También contra su padre, y para él.

Tiene Víctor Colden un puñado de lectores. Cinco o seis amigos, más algunos conocidos y saludados. Piensa nuestro caballero inactual que tal vez haya por ahí otras personas, no muchas, a las que pudiera interesarles lo que escribe. ¿Acaso treinta o cuarenta? El problema es cómo encontrarlas.

No lo dice en voz muy alta —y siempre con el casco puesto—, pero afirma Colden ser escritor. Y quizá lo sea. De qué tipo, no se engaña, él lo sabe bien. Nostálgico, cínico, ególatra. Minúsculo, romántico, melancólico. Pedante, cansino, obsesivo. Secreto, solitario, sentimental. Descreído, desconcertado, desencantado. Emboscado o enriscado. Y probablemente malo.

Pero escritor. (¿O escribidor?).

PATRIA MÍA

*Para Alfonso Armada, agradeciéndole
Por carreteras secundarias*

EN EL silencio perfecto, un murmullo líquido entre musgos: son apenas unas gotas que se filtran de la tierra, bajo la mole adusta de Urbión, pero aquí —escuchadme— nace el Duero.

El romancero viejo según Menéndez Pidal: “sino por una avecica...”. El tiempo callado de Jorge Manrique y el enigma del tiempo en fuga de Benítez Reyes. Las galerías y soledades de don Antonio (“¿Y ha de morir contigo el mundo mago...?”). La ilusión del amor y la narración en *El cuento de nunca acabar* de Carmen Martín Gaité, y el prodigio de Torrente en *La saga/fuga de JB*. El empeño y el dolor de Jovellanos, el lujo de la austeridad en Gil-Albert y el milagro creador de Jardiel Poncela. Caminitos blancos que se pierden por el campo, a lo lejos, en una página de Azorín.

El claustro encantado de San Juan y el paseo de San Saturio en Soria. La jugosa Asturias (¿hay otro

país igual?). Tras una curva, de repente, la torre de un castillo que se sostiene en pie a pesar de España. El susurro de unas vidas humildes en un piso antiguo y pobre, a espaldas de las Comendadoras (esa luz y ese misterio, que son los de Madrid). En un alfar solitario y a oscuras, por la noche —Talavera, Pereruela, Manises, Bailén—, la espera paciente de cántaros y tinajas, su generosidad. Al cruzar un pueblo por cualquier carretera secundaria, la visión de una anciana en bata que riega cuatro tiestos a la puerta de su casa.

Velázquez. Un paisaje de Beruete y un vaso de agua de Gaya. La maravilla inagotable de la toponimia: Fontibre, Duruelo, Algairén; Madrigal de las Altas Torres, sierra de Lívar... La voz de Enrique Urquijo y la voz de Antonio Vega. El pan y la palabra en Segovia, según María Zambrano. Las mixtificaciones de Cunqueiro, y el hojaldre de su prosa succulenta. Galdós: siempre, y sobre todo, Galdós (en sus novelas, una España que vale más para ti que la que te rodea). La intuición, sí, de que la vida es sueño, y la estampa de dos amigos que vuelven derrotados a casa por esos caminos: no querrías que dejaran de recorrerlos.

El bullicio y la melancolía de los ríos (Tera, Jerte, Rus...). El olor de la menta al salir muy temprano de casa, en Zorraquín, una mañana de julio. Tapias en-

caladas en pueblos de La Mancha. La alegría de las palmeras, bajo las que no se puede ser desgraciado (García Baena), en Zafra, en Denia o en Mallorca. La vegetación agreste de un barranco —ese derroche de vida apurada— en la estepa de Zaragoza. Cielo y piedra en Moncayo, Valderredible, Guadarrama, Ayllón. En verano, atardeceres malva del Cantábrico, y el perfume de las dunas. La plaza Mina de Cádiz, recién regada, una mañana cualquiera. El letrero con letras rojas y verdes de la confitería *La Humildad*, en una calle de Portillo que da a la nada. La fronda del bosque en Valvanera. El busto alto de Unamuno en Bilbao. La balsa de agua sobre la que dice Fidel que se alza Urueña.

Y la luz de Málaga. (Málaga o el triunfo de la luz).

Patria mía: a la salida de un pueblo, por un camino antiguo, un humilladero.